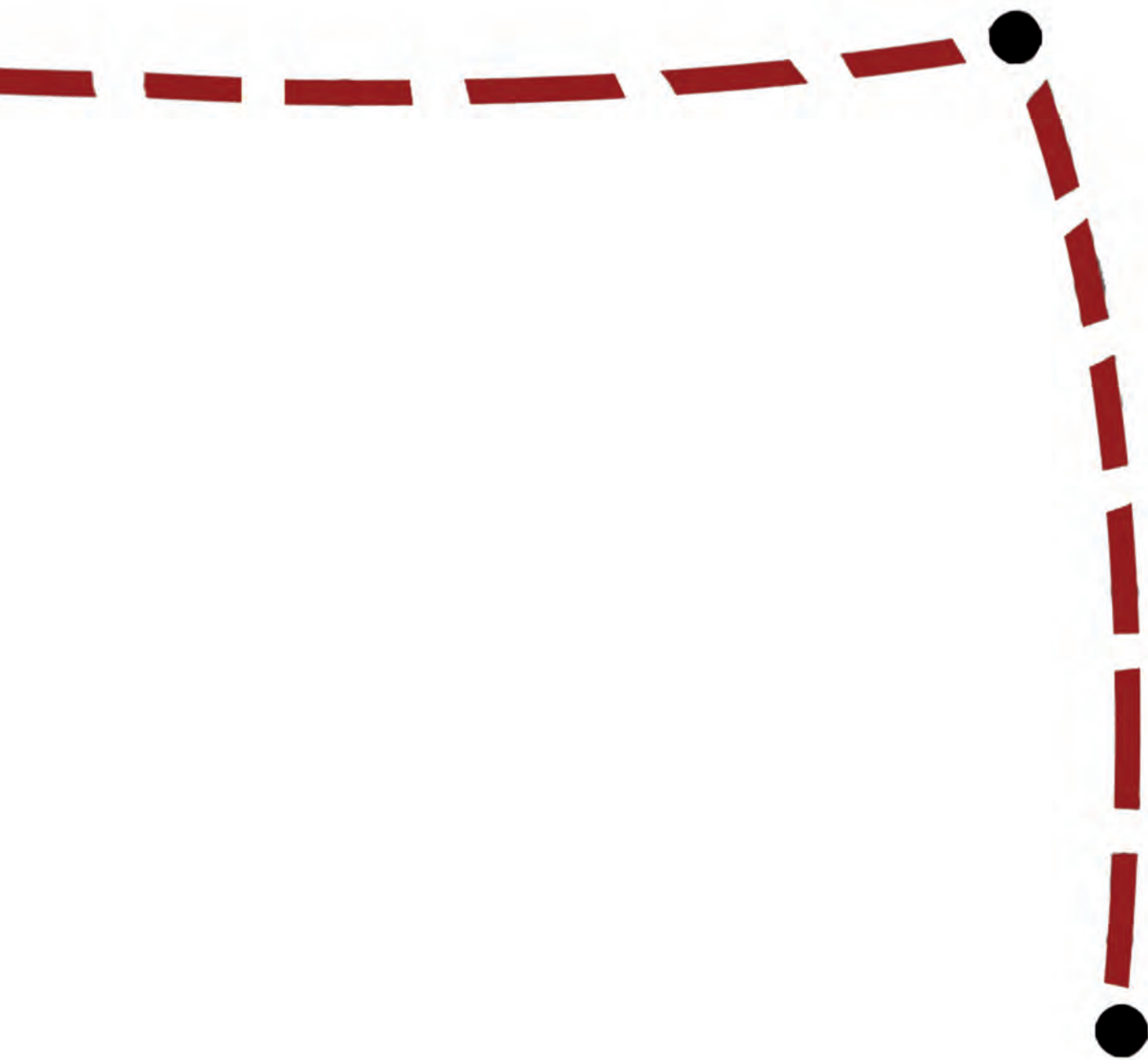


LOS VERSOS DE CORDELIA





Poeta en Nueva York

NUEVE MESES EN MANHATTAN (1929-1930)



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2017

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.

Edita: Reino de Cordelia
Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid
www.reinodecordelia.es

© Fernando Vicente, 2017
www.fernandovicente.es

Prólogo: © Luis Alberto de Cuenca, 2017

Edición: © María Robledano & Jesús Egido, 2017

IBIC: DCF
ISBN: 978-84-16968-15-2
Depósito legal: M-7641-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Impresión: Técnica Digital Press
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Poeta en Nueva York

NUEVE MESES EN MANHATTAN (1929-1930)

Federico García Lorca

Ilustraciones de Fernando Vicente

Prólogo de Luis Alberto de Cuenca

Edición de María Robledano y Jesús Egido





Índice

<i>Mi Federico</i>	
por LUIS ALBERTO DE CUENCA	13
<i>El otro Lorca</i>	17
POETA EN NUEVA YORK	27
I. Poemas de la soledad en Columbia University	33
Vuelta de paseo	35
1910. Intermedio	37
Fábula y rueda de los tres amigos	39
Tu infancia en Menton	45
II. Los negros	49
Norma y paraíso de los negros	51
El rey de Harlem	53
Iglesia abandonada	
Balada de la Gran Guerra	61

III. Calles y sueños	63
Danza de la muerte	65
Paisaje de la multitud que vomita	
Anochecer de Coney Island	71
Paisaje de la multitud que orina	
Nocturno de Battery Place	75
Asesinato	
Dos voces de madrugada en Riverside Drive	81
Navidad en el Hudson	83
Ciudad sin sueño	
Nocturno del Brooklyn Bridge	85
Panorama ciego de Nueva York	89
Nacimiento de Cristo	93
La aurora	97
IV. Poemas del lago Eden Mills	99
Poema doble del lago Eden	101
Cielo vivo	105



V. En la cabaña del Farmer	
Campo de Newburg	109
El niño Stanton	111
Vaca	115
Niña ahogada en el pozo	
Granada y Newburg	117
VI. Introducción a la muerte	
Poemas de la soledad en Vermont	119
Muerte	121
Nocturno del hueco	123
Paisaje con dos tumbas y un perro asirio	129
Ruina	131
Luna y panorama de los insectos	
Poema de amor	135
VII. Vuelta a la ciudad	141
Nueva York	
Oficina y denuncia	143
Cementerio judío	147
Crucifixión	151

VIII. Dos odas	155
Grito hacia Roma	
Desde la torre del Chrysler Building	157
Oda a Walt Whitman	163
IX. Huida de Nueva York	
Dos vals hacia la civilización	171
Pequeño vals vienés	173
Vals en las ramas	177
X. El poeta llega a La Habana	179
Son de negros en Cuba	181



Mi Federico

Luis Alberto de Cuenca

Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo
y Oriente Próximo (CCHS, CSIC)

ENTRE MALOGRADOS anda el juego. Tanto Ángel Álvarez de Miranda como Federico García Lorca no vivieron mucho tiempo. Ángel murió recién cumplidos los cuarenta y Federico ni siquiera llegó a esa cifra redonda. Ángel era mitólogo e historiador de las religiones. Escribió un librito, *La metáfora y el mito* (1963), reeditado en 2011 por la editorial sevillana Renacimiento, que es la mejor introducción posible a la obra poética de Federico. Cuando Ángel publicó ese pequeño gran libro yo tenía doce años y ya había empezado a leer a García Lorca.

Mis padres me habían regalado sendos libros gordos, encuadernados en piel, de Aguilar con las obras completas de Shakespeare y de Federico. En mi vida hay un antes y un después de esos librotos. Sobre Shakespeare he escrito mucho, sobre todo en 2016, con motivo del cuarto centenario de su viaje definitivo a las estrellas. Sobre Lorca no tanto, pero mi amor por el poeta granadino y por su obra corre parejo con el que me inspira el viejo Will y su prodigio-

so teatro. Álvarez de Miranda, en el libro citado, descubre en la obra de Federico un auténtico almacén de mitos. Shakespeare también lo es. Yo no sabía nada de todo eso cuando me sumergí en la lectura de ambos.

De la importancia objetiva que ha tenido la Generación del 27 en la historia de la literatura española contemporánea no merece la pena hablar, pues es incontestable. Dentro de ella, Federico García Lorca es su figura principal, su *crack* indiscutible, su valor universal más seguro y permanente. Ese almacén de mitos que constituye su poesía encuentra en *Poeta en Nueva York*, publicado póstumamente en 1940, su más significativo paradigma. Hasta su viaje a Nueva York, origen y razón de ser de su *opus magnum*, Federico había obtenido un gran éxito con *Romancero gitano* (Revista de Occidente, 1928), un poemario que trataba de fundir en un mismo crisol tradición y vanguardia y, a mi juicio, lo conseguía plenamente. No pensaron lo mismo Buñuel y Dalí, sus amigos, que arremetieron duramente contra el *Romancero*, motejándolo de putrefacto, y estaban pensando en su autor cuando pusieron rótulo a su célebre film *Un chien andalou* (1929).

Querellas estéticas aparte, lo cierto es que *Poeta en Nueva York* supuso en Lorca una inmersión en la modernidad que no admitía ya reproches desde la trinchera de lo novedoso, pues representaba una manera de escribir radicalmente innovadora y yo diría que hasta superadora de los postulados surrealistas, demasiado apegados a una escritura automática que no resultó ser ninguna panacea y que nunca fue practicada *ad litteram* por Federico. *Poeta en Nueva York* es, tal vez, la obra más poderosa de la poesía española del siglo XX, la más comprometida con su tiempo, la más rica en

metáforas y en matices estilísticos. Y les habla un enamorado de la restante producción poética de Lorca, que nos asombra siempre y que alcanza también en los póstumos *Diván del Tamarit* y *Sonetos del amor oscuro* límites de calidad insuperables.

En el terreno personal, no te puedes hacer una idea, querido lector, de lo que llegué a disfrutar, en mi lejana adolescencia, con aquellas *Obras completas* lorquianas de Aguilar, al cuidado de Arturo del Hoyo, que me regalaron mis padres. Después de haber leído a Juan Ramón, mi contacto con la poesía de Lorca cuadraba el círculo de mis ambiciones lectoras en el terreno lírico, colmaba todas mis expectativas en ese ámbito. Sin haber leído aún *La metáfora y el mito*, de Ángel Álvarez de Miranda, supe intuitivamente que Federico, pese a haber nacido granadino, andaluz y español, era un ciudadano del universo mundo, alguien capaz de generar emociones y sensaciones que pertenecían a la humanidad en general, a todas sus lenguas, a todos sus acervos literarios.

Lorca no era solo un autor de la Generación del 27, sino un Homero redivivo, porque la poesía de Federico es pura épica, que es la poesía madre, la poesía en su más alta y noble acepción, la poesía garantizada por el sello de autenticidad del *Volksgeist*, ese concepto que va siempre unido a la definición del verdadero genio y que está al alcance de muy pocos vates contemporáneos. Uno de ellos, sin duda, es Federico García Lorca, de quien quedará, por encima de todo, su formidable producción poética y, dentro de ella, este *Poeta en Nueva York*, tan influyente en toda la poesía posterior escrita en castellano, maravillosamente ilustrado para la ocasión por el gran Fernando Vicente y enriquecido aquí por la inclusión de una serie de cartas relacionadas con el proce-

so de creación del libro, que su autor, lamentablemente, no llegaría a ver impreso.

Más de ochenta años sin ti, Federico. Poeta universal, poeta hondo, poeta de los mitos añejos y las metáforas redondas, camarada leal desde hace tantos años. Mi Federico.

Madrid, 16 de febrero de 2017

El otro Lorca

A MEDIADOS DE JUNIO DE 1929 Federico García Lorca parte hacia Nueva York vía París y Londres para aprender inglés, curar en la distancia la herida de alguna pasión amorosa y suturar los desencuentros que por entonces agriaban su ánimo. Piensa estar un semestre, según avanza por carta a su amigo Carlos Morla Lynch, diplomático adscrito a la embajada de Chile en Madrid. Morla acabaría convirtiéndose en uno de los grandes héroes de la Guerra Civil, en la que salvó de la muerte a miles de españoles de ambos bandos, acogiéndolos en su legación diplomática. A él y a su mujer, Bebé, está dedicado *Poeta en Nueva York*¹.

Con ese lenguaje de joven alegre y dicharachero que caracteriza la correspondencia del poeta, anuncia que se va para siete meses. Pero la estancia sietemesina se convertirá finalmente en un embarazo: nueve meses en la ciudad de los rascacielos. Tres trimestres alojado en la Universidad de Columbia, alejado de Madrid y Granada, en un mundo totalmente desconocido para él. Es además su primera salida al extranjero.

¹ Para fijar esta edición de Reino de Cordelia se ha utilizado la versión de *Poeta en Nueva York* de las *Obras completas*, 1. Federico García Lorca. Poesía. Edición de Miguel García-Posada. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona 2011.

El político socialista Fernando de los Ríos, amigo de la familia García Lorca, es quien lo deja en manos de otros dos amigos asentados en Nueva York: Federico de Onís y Ángel del Río, profesores de la Universidad de Columbia que se encargarán de hacerle la vida más fácil en todos los sentidos: desde el aspecto práctico de cómo manejarse en las distintas dependencias universitarias, ya que él se consideraba «un inútil y un tontito en la vida práctica», como dice en carta a Morla; hasta el de la vida social en esa gran urbe que ya por entonces era Nueva York.

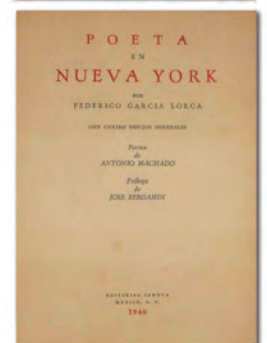
Nada tardará García Lorca en *perderse* en solitarios paseos y caminatas por los distintos barrios para tomar el pulso a la ciudad. Uno de los grandes descubrimientos que hace es Harlem y los negros; se queda impresionado y maravillado por una fuerza que le resulta del todo familiar. Como dice en carta a sus padres y hermanos: «Los negros cantaron y danzaron. ¡Pero qué maravilla de cantos! Solo se puede comparar con ellos el cante jondo».



La vida social del poeta granadino está marcada por una gran actividad. A los amigos que lo acogieron a su llegada hay que sumar los que va haciendo en el campus universitario y en sus incursiones en la Gran Manzana, como la escritora negra Nella Larsen. En Manhattan, además, se encuentra con su amigo el pintor Gabriel García Maroto, el poeta León Felipe, la bailarina Antonia Mercé y Luque *la Argentina*, la soprano Lucrecia Bori, la bailaora Encarnación López Júlvez *la Argentinita*, el torero Ignacio Sánchez Mejías, el guitarrista Andrés Segovia... Entre sus amistades norteamericanas ocupa un lugar importante el matrimonio Herschel y Norma Brickell, con quienes pasa muchas veladas.

Su correspondencia dejó constancia de gran parte de estos encuentros, reuniones, conferencias, fiestas, comidas y cenas, salidas al teatro y al cine, aparte de sus problemas con el aprendizaje del inglés —idioma que se le resiste—. Entre tanta actividad, Lorca oculta silencios. Calladamente, dando escasas pistas, escribe el gran libro de su vida.

Publicado póstumamente, primero en 1940 en Nueva York en edición bilingüe, y meses después en México por José Bergamín, *Poeta en Nueva York* se conoció popularmente en vida de Federico García Lorca a través de la conferencia-recital que él mismo pronunció en diversas ciudades entre 1932 y 1935. Con un mismo guion, comentaba sus impresiones sobre su estancia en la gran ciudad norteamericana y en La Habana, intercalando la lectura de distintos poemas compuestos por aquel entonces.

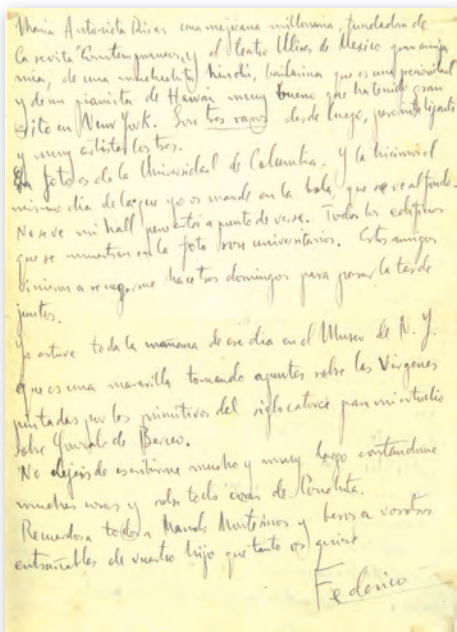


Ligaba la ciudad a la obra, que es lo mismo que decir la ciudad a sí mismo. «He dicho “un poeta en Nueva York” y he debido decir “Nueva York en un poeta”», aclaraba al comienzo de cada uno de sus recitales. La técnica de esta edición de *Poeta en Nueva York*, subtitulada *Nueve meses en Manhattan (1929-1930)*, sigue el mismo planteamiento. Ofrece una instantánea del poeta en la Gran Manzana y el poema que se desprende de esa experiencia.

Sabemos con bastante aproximación qué hacía García Lorca mientras componía casi todos los versos de *Poeta en Nueva York*, momentos de su vida privada, generalmente bucólicos y frívolos, que poco tienen que ver con la rotunda intensidad del poemario, surgido de los rincones más oscuros y secretos del ánimo. El propósito de esta edición, *Poeta en Nueva York. Nueve meses en Manhattan (1929-1930)*, es mostrar esa doble realidad.

A través de las cartas que envió principalmente a sus padres y hermanos durante su estancia en «el Senegal con máquinas», acompañamos al Federico García Lorca con su traje de diario: joven estudiante, hijo y hermano, turista, paseante y vividor de una ciudad que le marcará tanto y de tal manera como para

revolucionar el tono y la esencia de la poesía que hasta entonces venía creando. De la suya propia y de la de gran parte de sus contemporáneos.

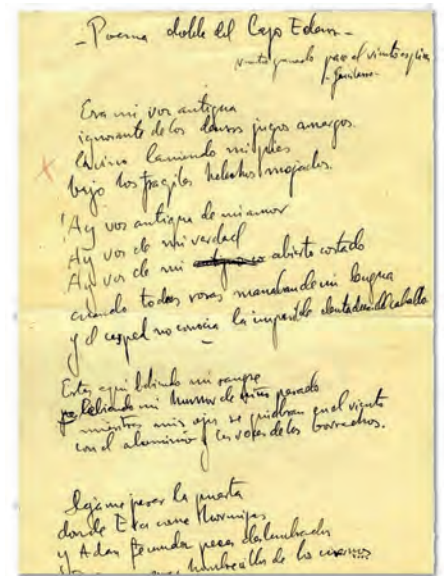


Carta enviada por Lorca desde Nueva York a sus padres y hermanos.

Dos García Lorca distintos, dos estados de ánimo incluso opuestos: uno amable y feliz, «contento», como él dice en muchas de las misivas. Otro desesperado y angustiado, socialmente mucho más avanzado y crítico.

El García Lorca que aparece en las cartas es más anecdótico; un personaje familiar, tranquilizador, ilusionado, preocupado por el dinero que no le llega: «Estos 75 dólares son para un traje y unos zapatos, pues estoy lo que se dice en cueros». Un Lorca enamorado del teatro: «Y a Paquito, que cobre y me gire el dinero de mis libros para tener para ir a teatros, cosa que me interesa enormemente, pues aquí el teatro es magnífico y yo espero sacar gran partido de él para mis cosas». Un Lorca celoso de su intimidad: «Mis cartas creo que las debéis de leer vosotros y nada más, es decir, la familia, pero no las deis publicidad a nadie, porque son íntimas, son para vosotros y para nadie más, y además no tienen interés literario sino familiar, y otra cosa sería ridícula».

Gracias a que se conoce con bastante aproximación la fecha en que se compuso cada poema, hemos seleccionado distintos fragmentos de las cartas², escritas desde su primera habitación en la Universidad de Columbia, un cuarto «barato» y «bonitísimo, con



Original de uno de los poemas de Poeta en Nueva York.

² Para la correspondencia se ha tenido en cuenta *Federico García Lorca en Nueva York y La Habana. Cartas y recuerdos*, de Christopher Maurer y Andrew A. Anderson. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona 2013.

vistas espléndidas», y desde el segundo, «admirable», «situado en el piso 12 del Hall» John Jay. En aquellos poemas de los que se desconoce la fecha de composición, como «Asesinato», «Panorama ciego de Nueva York» y «La aurora», hemos optado por prescindir de las cartas. Lo mismo ocurre con «Vals en las ramas», ya que García Lorca lo compuso en agosto de 1931.

En otros casos, en lugar de incluir la correspondencia fechada durante la creación del poema, se ha preferido buscar otra que, aunque se escribiera anteriormente, alude al lugar o los personajes que inspiraron los versos del poeta. Así, algunos poemas escritos entre el otoño de 1929 y el invierno de 1930, hacen referencia a sus estancias vacacionales en el campo, primero con su amigo y traductor Philip Cummings en Eden Mills, después con el profesor y amigo Ángel del Río en Bushnellsville, y más tarde con el también profesor y amigo Federico Onís en Newburg.

Ocurre lo mismo con «Paisaje de la multitud que vomita», para el que se ha optado, con criterio temático y no cronológico, por las primeras cartas que Federico García Lorca envía a sus padres y hermanos, en concreto la del 6 de julio, en la que les cuenta la impresión que le produce la excursión, un domingo muy caluroso, a Coney Island, «isla en la desembocadura del Hudson, dedicada exclusivamente a parque de juegos, títeres y extravagancias».

Fernando Vicente se ha sumado a este juego con sus ilustraciones, con el propósito de abrazar esos dos planos que corren paralelos a lo largo de todo el libro: el hombre y su obra. El resultado es tan magnífico como deslumbrante, hasta el punto de que gran parte del peso de la edición reside en las imágenes que la ilustran, en la calidad gráfica de un Fernando que se hace surrealista.

La intención es conocer la vida del poeta mientras escribe su principal libro, seguir sus huellas físicas y literarias, comprobar la capacidad del arte para trascender al hombre. Y, en definitiva, entender un poco más cómo un joven español criado en una pequeña provincia andaluza, aunque aireado posteriormente en Madrid, fue capaz de renovar la poesía, perdido en una enorme ciudad que a priori, antes de embarcarse hacia el otro lado del Atlántico, le resultaba antipática. «New York me parece horrible pero por eso mismo me voy», escribe a Carlos Morla Lynch antes de emprender viaje. Y esa es la primera carta que abre esta edición.

Hay otra que no figura en este libro dirigida al mismo corresponsal: «Me siento deprimido y lleno de añoranzas. Tengo hambre de mi tierra y de tu saloncito de todos los días. Nostalgia de charlar con vosotros y de cantaros viejas canciones de España [...]. No sé para qué he partido, me lo pregunto cien veces al día. Me miro en el espejo del estrecho camarote y no me reconozco. Parezco otro Federico». Realmente el hombre que firma *Poeta en Nueva York* parece otro Federico.

MARÍA ROBLEDANO & JESÚS EGIDO





Poeta en Nueva York

NUEVE MESES EN MANHATTAN (1929-1930)





A Bebé y Carlos Morla

Los poemas de este libro están escritos en la ciudad de Nueva York, el año 1929-1930, en que el poeta vivió como estudiante en Columbia University.

F.G.L.

[Granada, jueves, 6 de junio de 1929]

Queridísimo Carlos (mi hijo):

Eres como siempre encantador. Perdona si no te he escrito. Pero he estado muy preocupado con mi viaje. Carlos: el sábado por la noche salgo de Granada para estar en Madrid el domingo en la mañana.

Estoy en Madrid dos días para ultimar unas cosas y enseguida salgo para París-Londres y allí embarcaré a New York. ¿Te sorprende? A mí también me sorprende. Yo estoy muerto de risa por esta decisión. Pero me conviene y es importante en mi vida. Pararé en América seis o siete meses y regresaré a París para estar el resto del año. New York me parece horrible pero por eso mismo me voy allí. Creo que lo pasaré muy bien.

FEDERICO







Federico García Lorca, con María Antonietta Rivas Blair, «una muchachita hindú, bailarina» y «un pianista de Hawái», en la Universidad de Columbia.

New York, viernes, 28 [junio de 1929]

Queridísimos padres y hermanos: Aquí me tenéis en New York [...]

Yo estoy contentísimo, rebosando alegría [...].

La llegada a esta ciudad anonada pero no asusta. [...] Es increíble. El puerto y los rascacielos iluminados confundándose con las estrellas, las miles de luces y los ríos de autos te ofrecen un espectáculo único en la tierra. París y Londres son dos pueblecitos si se comparan con esta Babilonia trepidante y enloquecedora. [...] nunca os agradeceré lo bastante lo que hacéis por mí, pero que yo responderé con obra y con vida que serán orgullo vuestro y alegría. [...] Antes de que se me olvide, ahí van mis señas:

Mister Federico G. Lorca (escrito así)

Furnald Hall
Columbia University
New York City
E.S.A. [sic]

FEDERICO

I

Poemas de la soledad en Columbia University



Furia color de amor,
amor color de olvido.

LUIS CERNUDA

New York, [sábado], 6 de julio [1929]

Queridísimos padres y hermanos:

[...] Ya he empezado mis clases de inglés en la Universidad. Las clases las tengo en el mismo edificio en que vivo, en el cual también tengo el restaurant, de manera que todo lo hago dentro de casa, sin tener necesidad de sudar. Mi cuarto es bonito y siempre tiene brisa, pues es el sitio más alto de la ciudad y situado junto al río, de modo que es bastante fresco.

Todavía no he sentido el calor. Hace exactamente el mismo que en Granada, y mi cuarto y este sitio es una especie de huerta. Lo terrible en verano es ir al centro, donde están las muchedumbres de autos y personas [...].

La noche en Columbia es deliciosa junto al río, y en general buena en todo New York.

Yo creo que tengo cierta facilidad para el inglés. ¡Veremos a ver!

FEDERICO



Vuelta de paseo

ASESINADO por el cielo.

Entre las formas que van hacia la sierpe
y las formas que buscan el cristal,
dejaré crecer mis cabellos.

Con el árbol de muñones que no canta
y el niño con el blanco rostro de huevo.

Con los animalitos de cabeza rota
y el agua harapienta de los pies secos.

Con todo lo que tiene cansancio sordomudo
y mariposa ahogada en el tintero.

Tropezando con mi rostro distinto de cada día.
¡Asesinado por el cielo!

[Nueva York, hacia el 21 de septiembre de 1929]

Queridísimos padres: Hoy os escribo con lápiz porque en mi mudanza de hall todavía mi cuarto no está arreglado. [...] He hecho mi veraneo. Después de dejar a Cummings, me fui con Ángel del Río y allí estuve unos días deliciosos. Por la mañana estudiaba inglés y por la tarde trabajaba. [...] Allí con estos buenísimos amigos lo he pasado muy bien. Ellos son mi familia aquí. La mujer de Ángel me cose, me arregla las corbatas, todo. Es encantadora. Ella y sus amigas sudamericanas me *cuidan*, pero es que para ellas un *poeta* es algo estupendo.

[...] Mi cuarto de John Jay es admirable. Está situado en el piso 12 del hall y veo todos los edificios de la Universidad, el río Hudson y un lejano panorama de rascacielos blancos y rosados. A la derecha, tapando el horizonte, un gran puente en construcción, de fortaleza y agilidad increíbles. El cielo es magnífico y la temperatura admirable.

FEDERICO



1910 Intermedio

AQUELLOS OJOS MÍOS de mil novecientos diez
no vieron enterrar a los muertos
ni la feria de ceniza del que llora por la madrugada
ni el corazón que tiembla arrinconado como un caballito de mar.

Aquellos ojos míos de mil novecientos diez
vieron la blanca pared donde orinaban las niñas,
el hocico del toro, la seta venenosa
y una luna incomprensible que iluminaba por los rincones
los pedazos de limón seco bajo el negro duro de las botellas.

Aquellos ojos míos en el cuello de la jaca,
en el seno traspasado de Santa Rosa dormida,
en los tejados del amor con gemidos y frescas manos,
en un jardín donde los gatos se comían a las ranas.

[Nueva York, segunda semana de agosto de 1929]

Queridísimos padres y hermanos:

[...] En New York no hay tiempo de nada. [...]

Los americanos son cordiales, llanos, abiertos como niños. Tienen ingenuidad increíble y son serviciales en extremo. Esta mañana he estado tomando el desayuno con mi amigo Colin en el Wall Street [...].

Luego, oigo las sirenas de los barcos que van por el río y puedo tener, si quiero, la sensación del campo. Vosotros pensaréis que yo estoy en sitios prodigiosos y yo pienso que vosotros estáis también en una maravilla. Y tan maravilla. Se puede decir que viendo New York se han visto ya todas las ciudades de Norteamérica. Todo es igual y uniforme. Pero en cambio échele usted un galgo a las diferencias españolas. Se *viaja más* yendo de Granada a Gerona que cruzando de punta a punta los Estados Unidos.

FEDERICO

Desván donde el polvo viejo congrega estatuas y musgos.
Cajas que guardan silencios de cangrejos devorados.
En el sitio donde el sueño tropezaba con su realidad.
Allí mis pequeños ojos.

No preguntarme nada. He visto que las cosas
cuando buscan su pulso encuentran su vacío.
Hay un dolor de huecos por el aire sin gente
y en mis ojos criaturas vestidas ¡sin desnudo!

Fábula y rueda de los tres amigos

ENRIQUE,

Emilio,

Lorenzo.

Estaban los tres helados.

Enrique por el mundo de las camas,

Emilio por el mundo de los ojos y las heridas de las manos,

Lorenzo por el mundo de las universidades sin tejados.

Lorenzo,

Emilio,

Enrique.

Estaban los tres quemados.

Lorenzo por el mundo de las hojas y las bolas de billar,

New York, [sábado], día 6 de julio [1929]

Queridísimos padres y hermanos:

[...] Mis amigos para que empiece a soltarme en inglés, me hacían pedir las cosas, y era de ver los apuros que pasaba, aunque al fin salía triunfante entre las risas de todos ellos.

[...] Esto [Universidad de Columbia] es una verdadera feria de muchachos y muchachas. Las muchachas son guapísimas, un poco *fantásticas* en la manera de vestir, pero llenas de gracia y de personalidad.

Yo voy a cambiar conversación con una de ellas, pero estoy esperando a ver si cojo a la más bonita, pues no quiero comprometerme *antes de verla*, porque sería terrible que me tocara un loro, que, además de no enseñarme nada, la tendría que matar echándole el clásico perejil.

FEDERICO

Emilio por el mundo de la sangre y los alfileres blancos,
Enrique por el mundo de los muertos y los periódicos abandonados.

Lorenzo,
Emilio,
Enrique.

Estaban los tres enterrados.
Lorenzo en un seno de Flora,
Emilio en la yerta ginebra que se olvida en el vaso,
Enrique en la hormiga, en el mar y en los ojos vacíos de los pájaros.

Lorenzo,
Emilio,
Enrique.

Fueron los tres en mis manos
tres montañas chinas,
tres sombras de caballo,
tres paisajes de nieve y una cabaña de azucenas
por los palomares donde la luna se pone plana bajo el gallo.

Uno
y uno
y uno.

Estaban los tres momificados.
Con las moscas del invierno,
con los tinteros que orina el perro y desprecia el vilano,



con la brisa que hiela el corazón de todas las madres,
por los blancos derribos de Júpiter donde meriendan muerte los borrachos.

Tres
y dos
y uno.

Los vi perderse llorando y cantando
por un huevo de gallina,
por la noche que enseñaba su esqueleto de tabaco,
por mi dolor lleno de rostros y punzantes esquirlas de luna,
por mi alegría de ruedas dentadas y látigos,
por mi pecho turbado por las palomas,
por mi muerte desierta con un solo paseante equivocado.

Yo había matado la quinta luna
y bebían agua por las fuentes los abanicos y los aplausos.
Tibia leche encerrada de las recién paridas
agitaba las rosas con un largo dolor blanco.

Enrique,
Emilio,
Lorenzo.

Diana es dura
pero a veces tiene los pechos nublados.
Puede la piedra blanca latir en la sangre del ciervo
y el ciervo puede soñar por los ojos de un caballo.

Cuando se hundieron las formas puras
bajo el cri cri de las margaritas
comprendí que me habían asesinado.
Recorrieron los cafés y los cementerios y las iglesias.
Abrieron los toneles y los armarios.
Destrozaron tres esqueletos para arrancar sus dientes de oro.
Ya no me encontraron.
¿No me encontraron?
No. No me encontraron.
Pero se supo que la sexta luna huyó torrente arriba
y que el mar recordó ¡de pronto!
los nombres de todos sus ahogados.

Tu infancia en Menton

Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.

JORGE GUILLÉN

SÍ, TU NIÑEZ: ya fábula de fuentes.
El tren y la mujer que llena el cielo.
Tu soledad esquiva en los hoteles
y tu máscara pura de otro signo.
Es la niñez del mar y tu silencio
donde los sabios vidrios se quebraban.
Es tu yerta ignorancia donde estuvo
mi torso limitado por el fuego.
Norma de amor te di, hombre de Apolo,
llanto con ruiseñor enajenado,
pero, pasto de ruinas, te afilabas
para los breves sueños indecisos.
Pensamiento de enfrente, luz de ayer,
índices y señales del acaso.

[Nueva York, primera quincena de enero de 1930]

Queridísimos padres y hermanos:

[...] Yo trabajo bastante. Escribo un libro de poemas de interpretación de New York que produce enorme impresión a estos amigos por fuerza. Yo creo que todo lo mío resulta pálido al lado de estas cosas que son en cierta manera *sinfónicas*, como el ruido y la complejidad neoyorquina.

FEDERICO

Tu cintura de arena sin sosiego
atiende solo rastros que no escalan.
Pero yo he de buscar por los rincones
tu alma tibia sin ti que no te entiende,
con el dolor de Apolo detenido
con que he roto la máscara que llevas.
Allí, león, allí, furia del cielo,
te dejaré pacer en mis mejillas;
allí, caballo azul de mi locura,
pulso de nebulosa y minuterero.
He de buscar las piedras de alacranes
y los vestidos de tu madre niña,
llanto de medianoche y paño roto
que quitó luna de la sien del muerto.
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.
Alma extraña de mi hueco de venas,
te he de buscar pequeña y sin raíces.
¡Amor de siempre, amor, amor de nunca!
¡Oh, sí! Yo quiero. ¡Amor, amor! Dejadme.
No me tapen la boca los que buscan
espigas de Saturno por la nieve
o castran animales por un cielo,
clínica y selva de la anatomía.
Amor, amor, amor. Niñez del mar.
Tu alma tibia sin ti que no te entiende.
Amor, amor, un vuelo de la corza
por el pecho sin fin de la blancura.
Y tu niñez, amor, y tu niñez.

El tren y la mujer que llena el cielo.
Ni tú, ni yo, ni el aire, ni las hojas.
Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.



II

Los negros

Para Ángel del Río



New York, domingo 14 [julio de 1929]

Queridísimos padres y hermanos:

[...] He conocido también a una famosa escritora negra, Nella Larsen, de la vanguardia literaria de los Estados Unidos, y con ella visité el barrio negro, donde vi cosas sorprendentes. Con *gran asombro mío*, yo me entiendo en francés con todo el mundo. [...]

En la última reunión no había más blanco que yo. Vive en la Segunda Avenida, y desde sus ventanas se divisaba todo New York encendido. [...] Los negros cantaron y danzaron.

¡Pero qué maravilla de cantos! Solo se puede comparar con ellos el cante jondo.

Había un muchachillo que cantó cantos religiosos. Yo me senté en el piano y también canté. Y no quiero decir lo que les gustaron mis canciones. [...] Los negros son una gente buenísima [...] Con la misma escritora estuve en un cabaret —también negro— y me acordé constantemente de mamá, porque era un sitio como esos que salen en el cine y que a ella le dan tanto miedo.

FEDERICO



Norma y paraíso de los negros

ODIAN LA SOMBRA del pájaro
sobre el pleamar de la blanca mejilla
y el conflicto de luz y viento
en el salón de la nieve fría.

Odian la flecha sin cuerpo,
el pañuelo exacto de la despedida,
la aguja que mantiene presión y rosa
en el gramíneo rubor de la sonrisa.

Aman el azul desierto,
las vacilantes expresiones bovinas,
la mentirosa luna de los polos,
la danza curva del agua en la orilla.

Con la ciencia del tronco y del rastro
llenan de nervios luminosos la arcilla

[Nueva York, jueves] 8 de agosto [1929]

Queridísimos padres y hermanos:

[...] Desde luego, yo ya empiezo a conocer su plano. Yo voy solo a muchos sitios, única manera de ver bien las cosas sin el comentario o la opinión del acompañante.

Para la próxima semana iremos con mis amigas las rusas y su hermano al teatro chino, cosa que espero con gran interés.

[...] Me preguntaba mamá qué hacía y qué gastaba. Los primeros días he gastado, porque no tenía más remedio, un poco más. Ahora vivo modestamente. Aunque bien.

FEDERICO

y patinan lúbricos por agua y arenas
gustando la amarga frescura de su milenaria saliva.

Es por el azul crujiente,
azul sin un gusano ni una huella dormida,
donde los huevos de avestruz quedan eternos
y deambulan intactas las lluvias bailarinas.

Es por el azul sin historia,
azul de una noche sin temor de día,
azul donde el desnudo del viento va quebrando
los camellos sonámbulos de las nubes vacías.

Es allí donde sueñan los torsos bajo la gula de la hierba.
Allí los corales empapan la desesperación de la tinta,
los durmientes borran sus perfiles bajo la madeja de los caracoles
y queda el hueco de la danza sobre las últimas cenizas.

El rey de Harlem

CON UNA cuchara de palo
le arrancaba los ojos a los cocodrilos
y golpeaba el trasero de los monos.
Con una cuchara de palo.

Fuego de siempre dormía en los pedernales
y los escarabajos borrachos de anís
olvidaban el musgo de las aldeas.

Aquel viejo cubierto de setas
iba al sitio donde lloraban los negros
mientras crujía la cuchara del rey
y llegaban los tanques de agua podrida.

Las rosas huían por los filos
de las últimas curvas del aire

[Nueva York, jueves] 8 de agosto [1929]

Queridísimos padres y hermanos: Van pasando mis días neoyorquinos con gran serenidad y yo creo que con buen aprovechamiento. Empiezo a entender algo (muy poco), pero voy traduciendo y creo que daré al fin la batalla al inglés.

También empiezo a escribir, y creo que cosas que valen la pena [...].

Son poemas típicamente norteamericanos, con asunto de negros casi todos ellos. Creo que llevaré a España dos libros por lo menos. Aunque lo más importante me queda aún por ver y estudiar.

Me interesa mucho Nueva York y creo que podré dar una nota nueva, no solo en la poesía española sino en la que gira alrededor de estos motivos. No digáis nada de esto. Es probable que una vez acabado mi libro sobre New York, se traduzca al inglés y se publique *primero* en esta lengua.

FEDERICO

y en los montones de azafrán
los niños machacaban pequeñas ardillas
con un rubor de frenesí manchado.

Es preciso cruzar los puentes
y llegar al rumor negro
para que el perfume de pulmón
nos golpee las sienes con su vestido
de caliente piña.

Es preciso matar al rubio vendedor de aguardiente,
a todos los amigos de la manzana y la arena;
y es necesario dar con los puños cerrados
a las pequeñas judías que tiemblan llenas de burbujas,
para que el rey de Harlem cante con su muchedumbre,
para que los cocodrilos duerman en largas filas
bajo el amianto de la luna,
y para que nadie dude de la infinita belleza
de los plumeros, los ralladores, los cobres y las cacerolas de las cocinas.

¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem! ¡Ay, Harlem!
No hay angustia comparable a tus rojos oprimidos,
a tu sangre estremecida dentro del eclipse oscuro,
a tu violencia granate, sordomuda en la penumbra,
a tu gran rey prisionero en un traje de conserje.





Tenía la noche una hendidura y quietas salamandras de marfil.
Las muchachas americanas
llevaban niños y monedas en el vientre
y los muchachos se desmayaban en la cruz del desperezo.

Ellos son.

Ellos son los que beben el whisky de plata junto a los volcanes
y tragan pedacitos de corazón por las heladas montañas del oso.

Aquella noche el rey de Harlem, con una durísima cuchara,
le arrancaba los ojos a los cocodrilos
y golpeaba el trasero de los monos.
Con una durísima cuchara.

Los negros lloraban confundidos
entre paraguas y soles de oro;
los mulatos estiraban gomas, ansiosos de llegar al torso blanco,
y el viento empañaba espejos
y quebraba las venas de los bailarines.

¡Negros! ¡Negros! ¡Negros! ¡Negros!

La sangre no tiene puertas en vuestra noche boca arriba.
No hay rubor. Sangre furiosa por debajo de las pieles,
viva en la espina del puñal y en el pecho de los paisajes,
bajo las pinzas y las retamas de la celeste luna de Cáncer.

Sangre que busca por mil caminos muertes enharinadas y ceniza de nardo,
cielos yertos, en declive, donde las colonias de planetas
rueden por las playas, con los objetos abandonados.

Sangre que mira lenta con el rabo del ojo,
hecha de espartos exprimidos y néctares subterráneos.
Sangre que oxida al alisio descuidado en una huella
y disuelve a las mariposas en los cristales de la ventana.

Es la sangre que viene, que vendrá
por los tejados y azoteas, por todas partes,
para quemar la clorofila de las mujeres rubias,
para gemir al pie de las camas, ante el insomnio de los lavabos,
y estrellarse en una aurora de tabaco y bajo amarillo.

¡Hay que huir!,
huir por las esquinas y encerrarse en los últimos pisos,
porque el tuétano del bosque penetrará por las rendijas
para dejar en vuestra carne una leve huella de eclipse
y una falsa tristeza de guante desteñido y rosa química.



Es por el silencio sapientísimo
cuando los camareros y los cocineros y los que limpian con la lengua
las heridas de los millonarios
buscan al rey por las calles o en los ángulos del salitre.

Un viento sur de madera oblicuo en el negro fango,
escupe a las barcas rotas y se clava puntillas en los hombros.
Un viento sur que lleva

colmillos, girasoles, alfabetos,
y una pila de Volta con avispa ahogada.

El olvido estaba expresado por tres gotas de tinta sobre el monóculo.
El amor, por un solo rostro invisible a flor de piedra.
Médulas y corolas componían sobre las nubes
un desierto de tallos, sin una sola rosa.

A la izquierda, a la derecha, por el Sur y por el Norte,
se levanta el muro impasible
para el topo y la aguja del agua.
No busquéis, negros, su grieta
para hallar la máscara infinita.
Buscad el gran sol del centro
hechos una piña zumbadora.
El sol que se desliza por los bosques
seguro de no encontrar una ninfa.
El sol que destruye números y no ha cruzado nunca un sueño,
el tatuado sol que baja por el río
y muge seguido de caimanes.

¡Negros! ¡Negros! ¡Negros! ¡Negros!
Jamás sierpe, ni cebra, ni mula,
palidecieron al morir.
El leñador no sabe cuándo expiran
los clamorosos árboles que corta.
Aguardad bajo la sombra vegetal de vuestro rey
a que cicutas y cardos y ortigas turben postreras azoteas.

Entonces, negros, entonces, entonces,
podréis besar con frenesí las ruedas de las bicicletas,
poner parejas de microscopios en las cuevas de las ardillas
y danzar al fin sin duda, mientras las flores erizadas
asesinan a nuestro Moisés casi en los juncos del cielo.

¡Ay, Harlem disfrazada!
¡Ay Harlem, amenazada por un gentío de trajes sin cabeza!
Me llega tu rumor.
Me llega tu rumor atravesando troncos y ascensores,
a través de láminas grises
donde flotan tus automóviles cubiertos de dientes,
a través de los caballos muertos y los crímenes diminutos,
a través de tu gran rey desesperado
cuyas barbas llegan al mar.